

Objetivo del día: Asumir el proceso evangelizador en clave de sinodalidad y las implicaciones para la misión permanente.

Mc 16, 15-18 Mandato misionero

Lectio

En aquel tiempo se apareció Jesús a los Once y les dijo: Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará. Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien.

Meditatio

Nos encontramos con este pasaje del Evangelio de san Marcos conocido como la *Gran Comisión*, que forma parte del texto añadido posteriormente al Evangelio de Marcos, pero que ha sido considerado igualmente inspirado como el resto del Evangelio. Es un mandato de Jesús a *proclamar el Evangelio* a toda la creación, por lo tanto, toda ella es destinatario de esta “Buena Noticia”. Es un llamado de Jesús a “proclamar (κηρῦξατε) el evangelio”; este *proclamar* (κηρῦσσω) será la piedra angular de la transmisión de la fe cristiana, para la formación y consolidación de las primeras comunidades cristianas. Más que el mensaje (κήρυγμα) lo que Jesús nos manda es proclamar, como dice san Pablo: “Pues todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. Pero ¿cómo van a invocar a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en Aquél de quien no han oído hablar? ¿Cómo van a oír sin que se les **predique** (κηρῦσοντος)?” (Rm 10, 13-14).

La respuesta al mensaje proclamado es personal, pero la primera encomienda es a los enviados a proclamar, para que la transmisión del mensaje sea fiel y llegue a toda la creación, por lo tanto, como agentes de pastoral, debemos sentirnos primeramente comprometidos con este mandato del Señor, somos estos *heraldos* del Evangelio llamados a transmitir el mensaje de salvación ahí donde nos encontremos.

De hecho, la palabra κήρυγμα aparece solo 8 veces en el Nuevo Testamento, mientras que el verbo κηρῦσσω lo encontramos hasta 61 veces, porque el mensaje, la Palabra, que es Cristo, no es estática, sino transformante, es poner en acto el Reino de Dios, que invita a quien lo recibe a entrar en diálogo con el Señor y dar una respuesta a ese mensaje, nunca deja indiferente a quien lo recibe si es anunciado con la fuerza de Cristo, por eso quien lo recibe y cree en él, alcanza la salvación, en cambio quien lo recibe pero decide no creer en él o rechazarlo, se condena (v.16).

En un segundo momento aparece ahora sí la interpelación para quien recibe el mensaje. A diferencia de Mateo, en donde el mandato del Señor es “hacer discípulos a todas las naciones y bautizarlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19), poniendo un acento en los mismos discípulos,

que serán quienes *bauticen* (Βαπτίζοντες), en el pasaje que nos ocupa san Marcos pone el acento en la respuesta al mensaje proclamado, pues *el que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará*, es decir, que no parecen ser los discípulos llamados directamente a bautizar sino a proclamar el Evangelio, y por consecuencia, quien crea (ὁ πιστεύσας) en el mensaje será bautizado (βαπτισθεῖς), entendiendo que es un paso necesario para la salvación.

Es interesante, por lo tanto, cómo, una vez escuchado el mensaje, la persona debe *creer* en ese mensaje y aceptarlo por la fe, que no es algo meramente pasivo, sino que inmediatamente esa fe lo lleva a querer *ser bautizado*, es decir, es un principio de acción que lleva a quien recibe el mensaje a su vez transmitirlo a los demás. Como agentes de pastoral, debemos ser capaces de transmitir bien ese mensaje, para que, a su vez, quienes lo reciban sean capaces de anunciarlo con fuerza y ese mensaje sea efectivamente *proclamado* a toda la creación.

Finalmente, podemos añadir un poco sobre los signos que acompañan y confirman la eficacia de la fe en la proclamación del mensaje del Evangelio. La expulsión de los demonios es un signo claro y fundamental del poder de Dios, es el primer milagro que encontramos en el evangelio de Marcos, y es por la Palabra de Jesús que éste es expulsado (Mc 1,23-26); es precisamente la proclamación la que erradica el mal en el mundo, por lo que la fidelidad al anuncio es fundamental para superar el mal, la división, el engaño, etc., obra del demonio.

El hablar lenguas nuevas puede referir a la comunión e universalidad de la Iglesia, puesto que el mandato y voluntad de Jesús es que el mensaje sea proclamado a toda la creación, debemos ser capaces de superar la barrera del lenguaje, la exclusividad del mensaje y hacer un Evangelio más asequible a todas las realidades humanas, sin distinción y en clave sinodal.

El que cree en el mensaje y se adhiere a él no teme, porque sabe que Cristo está con él, pues como dice san Pablo, “Poderoso es Dios para darles en abundancia sus bendiciones, de tal manera que, siempre y en todas las circunstancias, no sólo tengan para satisfacer las necesidades propias sino también para dar en abundancia a los demás.” (2Co 9,8). Es por eso que si somos fieles al mensaje, podemos *tomar serpientes o beber veneno* sin que nos pase nada, es decir, podemos hacer frente a las dificultades, críticas, juicios, rechazo por parte de los hombres, apatía, indiferencia, etc., pero sin que esto amedrente nuestra convicción de transmitir el mensaje del Evangelio con la misma fuerza de Cristo.

Finalmente, la curación de los enfermos es otro signo claro del poder de Cristo sobre la humanidad. Nos corresponde dar ese mensaje de esperanza, de justicia, de misericordia a una sociedad que parece haber perdido el horizonte, pero que anhela tanto la paz y la justicia. La proclamación del mensaje del Evangelio es salud para los enfermos, consuelo para los tristes y esperanza para los decaídos.

Oratio

Justo antes de que Jesús diera este mandato a los discípulos, el evangelio narra cómo les había echado en cara su incredulidad, ante los primeros signos que había manifestado el Señor de su resurrección.

Reunidos en Asamblea Diocesana, estamos llamados a proclamar el Evangelio a toda la creación. Debemos ser esa *Iglesia en salida*, que sea capaz de caminar en sinodalidad atendiendo a las realidades más vulnerables de nuestra diócesis. Como agentes de pastoral somos los primeros portadores de este mensaje, es urgente por lo tanto actuar, siendo los primeros **creyentes** de este mensaje, para poder transmitirlo fielmente a todas las personas, puesto que si nosotros mismos no estamos convencidos del mensaje que proclamamos, ¿cómo creerán aquellos que están más alejados?

Al confrontarnos en nuestro servicio pastoral, y a la luz de este mandato del Señor, debemos ser autocríticos en cuanto a nuestro servicio como sacerdotes, laicos comprometidos con la pastoral, para entrar en un diálogo con Dios que nos mueva a renovar nuestra fe en esta Buena Nueva que estamos llamados a proclamar. Renovar esa fe es reencontrarnos con la alegría del Evangelio, como dice el papa Francisco:

Jesús los envía a todas las naciones. A todas las gentes. Y en ese “todos” de hace dos mil años estábamos también nosotros. Jesús no da una lista selectiva de quién sí y quién no, de quiénes son dignos o no de recibir su mensaje y su presencia. Por el contrario, abrazó siempre la vida tal cual se le presentaba. Con rostro de dolor, hambre, enfermedad, pecado. Con rostro de heridas, de sed, de cansancio. Con rostro de dudas y de piedad. Lejos de esperar una vida maquillada, decorada, trucada, la abrazó como venía a su encuentro. Aunque fuera una vida que muchas veces se presenta derrotada, sucia, destruida. A "todos" dijo Jesús, a todos, vayan y anuncien; a toda esa vida como es y no como nos gustaría que fuese, vayan y abracen en mi nombre. Vayan al cruce de los caminos, vayan... a anunciar sin miedo, sin prejuicios, sin superioridad, sin purismos a todo aquel que ha perdido la alegría de vivir, vayan a anunciar el abrazo misericordioso del Padre. Vayan a aquellos que viven con el peso del dolor, del fracaso, del sentir una vida truncada y anuncien la locura de un Padre que busca unirlo con el óleo de la esperanza, de la salvación. Vayan a anunciar que el error, las ilusiones engañosas, las equivocaciones, no tienen la última palabra en la vida de una persona. Vayan con el óleo que calma las heridas y restaura el corazón. (Homilía de S.S. Francisco, 23 de septiembre de 2015).

Contemplatio

¿De qué manera me interpela Dios o me siento interpelado por él, como llamado a proclamar el mensaje del Evangelio?

¿Cómo puedo ejercer de mejor manera mi compromiso evangelizador en la Diócesis?

¿Cómo ser una Diócesis en salida, que involucre y atienda todas las realidades de la sociedad, sin excluir ni rehuir a nadie y en la que encuentre prioridad la

transversalidad y la sinodalidad de las actividades pastorales antes que los egoísmos o aspiraciones personales?

Actio

¿Soy consciente que la misión de la Iglesia, de nuestra Diócesis, no ha concluido con la “clausura de la Gran Misión Jubilar”, sino que ahora debemos pasar al **estado permanente de misión**, y permanecer fieles al mensaje del Evangelio?

¿Cuáles son los signos concretos con los que puedo hacer eficaz la proclamación del mensaje del Evangelio en mi Diócesis, Decanato, Parroquia, Comunidad, familia, etc?

En mi pastoral en la que me desempeño, ¿cuál debe ser la orientación del mensaje para que éste llegue eficazmente a todas las personas?